

Las teorías psicoanalíticas de la envidia

R. HORACIO
ETCHEGOYEN
MOISES RABIH

Posadas 1580, 13°
1112 Buenos Aires

Laprida 1304, 9° "B"
1425 Buenos Aires

En este trabajo nos proponemos estudiar las teorías psicoanalíticas de la envidia con especial hincapié en la teoría de la envidia al pecho de Melanie Klein. Trataremos de ubicarla en perspectiva, para lo cual consideraremos primero la teoría de la envidia fálica en la mujer formulada por Freud y luego algunos aportes previos y posteriores a Klein. Entre los primeros vamos a recordar los trabajos de Abraham y Eisler, deteniéndonos en el de Joan Rivière de 1932, que a nuestro juicio anuncia las ideas kleinianas; mientras que entre los segundos sólo nos ocuparemos de los aportes de los discípulos de Melanie Klein que aplican la hipótesis de la envidia al pecho para explicar el fenómeno psicótico.

Si bien creemos que la teoría de la envidia al pecho de Melanie Klein es sumamente original, una de las tesis de nuestro trabajo es justamente que, al situarla en su contexto histórico, surge como un momento privilegiado de una investigación psicoanalítica que, a partir de Freud, se va desarrollando por mérito de diversos autores hasta nuestros días.

I. La teoría de la envidia al pene.

La teoría de la envidia al pene se formula por primera vez en 1908, cuando Freud escribe "Sobre las teorías sexuales infantiles", un artículo donde se observa claramente la impronta del análisis de Juanito, que en ese momento estaba realizando. Las ideas que Freud expone en este artículo se incorporan después, en 1915, a la tercera edición de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905).

En un momento temprano de su evolución, dice Freud en su trabajo, el niño y la niña se informan de que el pene puede faltar o, viceversa, existir, lo que provoca una situación psicológica de extrema importancia, a la que llama complejo masculino o complejo de castración. Este *complejo de castración* cursa en forma distinta en hombres y mujeres. La comprobación de la ausencia de pene en algunos seres confronta al *niño* con la angustia de castración en una etapa de su desarrollo en que el complejo de Edipo está en su acmé; el resultado de esta grave amenaza, en cuanto factor narcisista, lo lleva a que prefiera abandonar a la madre como objeto para preservar su pene. De esta manera, la angustia de castración conduce al niño a rebasar su complejo de Edipo y a instaurar dentro de sí un superyó fuerte, a partir del cual su padre interno le prohíbe el incesto, por un lado, marcándole el camino de la heterosexualidad, y la exogamia, por el otro.

Es distinta, dice Freud, la situación de la *niña*, que no corre el peligro de perder algo, sino que descubre con dolor y angustia que hay un órgano que ella no posee. Freud sostiene en este artículo, y lo sostendrá toda su vida, que el centro de la sexualidad femenina en esta etapa es el clítoris. Dado que en esta fase evolutiva tanto el macho como la hembra piensan que todos los seres están conformados a su imagen y semejanza, lo que siente la niña es que los demás tienen un clítoris tan sensible y rico en excitación como el de ella. Cuando la niña se encuentra con la realidad de que los varones tienen pene, el destino de su desarrollo psicosexual cambia, al darse cuenta de su falta, de su insuficiencia¹.

Frente a esta realidad, la niña tiene varios caminos. Uno de ellos es abandonar la zona erógena clitoridiana y acceder a la relación con el padre en búsqueda de un pene que la lleve finalmente al logro de su genitalidad. Otro es el rechazo de su sexualidad

clitoriana —una tesis que E. Jones desarrollará en su artículo de 1927. Otras veces, por fin, la niña mantiene a capa y espada la idea de que ella tiene o va a tener un pene, sufriendo así una grave deformación del carácter que la conduce por el camino de la virilización. De estas tres alternativas que se ofrecen a la niña en desarrollo, para Freud sólo la primera conduce a la mujer al complejo de Edipo; las otras dos la mantienen en un nivel de desarrollo preedípico. Por esto va a decir en su artículo "Sobre la sexualidad femenina" (1931) que la fatal *constelación* de amor por un progenitor y odio por el otro que configura el llamado complejo de Edipo sólo se alcanza a dibujar plenamente en el varón. En el Congreso de Wiesbaden, E. Jones (1933) rechazó enérgicamente esta tesis que para él implicaba una *revisión total* de las teorías psicoanalíticas².

A pesar de la opinión de E. Jones y de otros analistas destacados de aquella época. Freud mantuvo siempre la hipótesis de que la envidia fálica era el centro de la sexualidad femenina. El complejo de Edipo en la mujer, por tanto, no sería un factor primario del desarrollo sino secundario, en la medida en que la mujer busca el anhelado pene en el padre, con lo que la madre queda descalificada en su potencia dadora al no poseerlo. Así, el interés primordial en la mujer no sería el hombre sino el pene: quiere tener un pene y lo busca en el hombre, por lo tanto en la mujer el complejo de Edipo queda en un orden secundario.

En "Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal" (1917), cuando describe los pasos que llevan del deseo del pene al deseo del bebé, afirma rotundamente que la mujer tolera al hombre en cuanto apéndice del pene: cambia el deseo de tener un pene por el deseo de encontrar un marido, siendo así el varón aceptado como un elemento accesorio.

En su artículo "Sobre la sexualidad femenina" (1931) dice así: "Con ello, la fase preedípica de la mujer alcanzaba una significación que no le habíamos adscripto hasta entonces. Puesto que esa fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones a que reconducimos la génesis de las neurosis, parece necesario privar de su carácter universal al enunciado según el cual el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis" (pág. 228). Agrega de inmediato que quien no esté de acuerdo con esta rectificación no está obligado a aceptarla, ya que puede dar al complejo de Edipo un contenido más lato o sostener que "la mujer llega a la

situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo ⁽³⁾. Más adelante dice Freud: "Aquí tenemos la impresión de que nuestros enunciados sobre el complejo de Edipo sólo se adecuan en términos estrictos al niño varón, y que acertamos rechazando la designación 'complejo de Electra', que pretende destacar la analogía en la conducta de ambos sexos. El inevitable destino del vínculo de simultáneo amor a uno de los progenitores y odio al rival se establece sólo para el niño varón" (pág. 230/31).

Al final de ese mismo artículo, cuando fija su posición frente a otros investigadores de la sexualidad femenina, Freud dice lo siguiente: "Así, por ejemplo, Karen Horney (1926) opina que hemos sobreestimado en mucho a la primaria envidia del pene de la niña, en tanto atribuye la intensidad de la aspiración a la masculinidad posteriormente desplegada a una envidia del pene secundaria, usada para defenderse de las emociones femeninas, en especial de la ligazón femenina con el padre. Esto no se corresponde con mis impresiones. Por seguro que sea el hecho de los posteriores refuerzos por regresión y formación reactiva, y por difícil que pueda resultar la apreciación relativa de los componentes libidinales afluyentes, opino que no debiéramos pasar por alto que aquellas primeras mociones libidinales poseen una intensidad que se mantiene superior a todas las posteriores, y en verdad puede llamarse inconmensurable. Es correcto, sin duda, que entre la ligazón padre y complejo de masculinidad hay una relación de oposición —es la oposición universal entre actividad y pasividad, masculinidad y feminidad—, pero ello no nos da derecho a suponer que sólo uno sea el primario, y el otro deba su intensidad sólo a la defensa. Y toda vez que la defensa contra la feminidad se cumple con tanta energía, ¿de dónde recibiría su fuerza si no es de la aspiración a la masculinidad, que ha hallado su primera expresión en la envidia del pene del niño y por eso merece ser llamada de acuerdo con ésta?" (pág. 244). Freud termina su artículo objetando la opinión de E. Jones de que la fase fálica de la niña sería una reacción secundaria de protección más bien que una genuina fase evolutiva.

Las opiniones de Freud en cuanto a la sexualidad femenina no han sido aceptadas por todos los analistas y no sólo Jones sino también Josine Miller, Melanie Klein, Karen Horney y más recientemente los analistas franceses orientados por Janine

Chasseguet-Smirgel piensan que el complejo de Edipo es tan primario y auténtico en la mujer como en el hombre.

En 1925, cuando escribe "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos", Freud opina que la envidia al pene es ineludible y primaria en la mujer y que esto condiciona algunos de sus rasgos de carácter. Freud describe en estos términos el momento en que la niña ingresa en el complejo de Edipo: "Resigna el deseo del pene para reemplazarlo por el deseo de un hijo, y *con este propósito* toma al padre como objeto de amor" (pág. 274) ⁴. Y agrega en la página siguiente: "En la niña, el complejo de Edipo es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración le preceden y lo preparan".

En este trabajo Freud afirma, también, que si la mujer es más celosa que el hombre es porque los celos ocultan su envidia al pene —tema que Joan Rivière va a desarrollar más adelante—.

Hemos citado extensamente las opiniones de Freud sobre la sexualidad femenina para mostrar que para él la psicología de la mujer deriva de la envidia al pene como fuerza primaria, a la cual se subordinan todos los avatares del desarrollo, incluso el complejo de Edipo. Freud ratifica esta inequívoca posición en el último capítulo de "Análisis terminable e interminable" (1937), cuando asigna a la envidia fálica un carácter biológico e implícitamente primario. La tardía entrada en el complejo de Edipo y la falta de estímulo para salir de él derivan en la mujer del hecho de que en ella no existe un temor a la castración, situación que sanciona toda una serie de diferencias entre la mujer y el hombre. Para terminar con este párrafo podríamos decir, a modo de planteo general, que Freud considera la envidia al pene en la mujer como una fuerza *primaria* del desarrollo y en esto su teoría es similar a la que Melanie Klein va a proponer muchos años después. Es necesario señalar, también, algunas diferencias significativas. En primer lugar, Freud no considera en ningún momento que exista en el varón una fuerza análoga a la envidia al pene en la mujer. Digamos también que en Freud esta envidia primaria no asume el carácter de fuerza destructiva que impregna la teoría de Melanie Klein.

II. La teoría de la envidia al pecho.

Luego de haber estudiado la teoría de la envidia al pene formulada por Freud podemos enfocar un nuevo desarrollo del concepto de envidia en las teorías psicoanalíticas que, en este momento, va a estar centrado en los aportes de la escuela kleiniana y principalmente de Melanie Klein. Creemos que esta opinión es compartida por muchos autores, ya que nadie discute a esta escuela su interés por el tema, si bien muchos pueden no compartir sus puntos de vista.

Hasta aquí el desarrollo que hemos seguido no planteaba contradicciones teóricas ni lealtades escolásticas; pero ahora, algunas discrepancias van a surgir como ineludibles, ya que los trabajos de Melanie Klein nos han de enfrentar con la alternativa de aceptar o rechazar determinadas postulaciones. El principal objetivo de este trabajo es reflexionar sobre ellas, volver a pensarlas y, de ser posible, llegar finalmente a su integración dentro de un marco teórico consistente. Trataremos de mostrar por qué pensamos que, en su mayor parte, las ideas kleinianas sobre la importancia dinámica de la envidia como factor relevante de la psicopatología son valederas.

Por otra parte, también queremos decir que quien se interesa en estos problemas advierte la poca solidez de las posiciones extremas: las decisiones teóricas a tomar son complejas y no se resuelven simplemente con apasionamientos dogmáticos sino con una revisión crítica de las ideas.

Para apoyar estas reflexiones diremos que, en primer lugar, *envidia primaria* quiere decir muchas cosas y que, aún aceptando la teoría kleiniana de la envidia primaria al pecho, caben ciertas precisiones, imponiéndose como necesarias algunas delimitaciones. Por ejemplo, pueden plantearse dudas sobre las teorías del desarrollo en el primer año de vida, acerca del valor que juega la frustración en el conflicto psíquico, así como el apoyo que presta al concepto de envidia primaria la teoría del instinto de muerte. Nosotros consideramos que puede aceptarse la teoría de la envidia y cuestionar, sin embargo, el instinto de muerte. Esto implica, sin duda, una ruptura muy definida con el esquema teórico kleiniano, pero no nos aparta de Melanie Klein en la misma forma en que pueden estarlo algunos autores, entre ellos ciertos integrantes del simposio *Envidia y celos* de la Sociedad

Británica, llevado a cabo en 1969.

Concretamente, la idea nueva que trae Melanie Klein es que la envidia existe como un factor dinámico de enorme importancia desde el comienzo de la vida y que esta envidia se refiere al pecho. Esta idea, central en *Envidia y gratitud* (1957), es, a nuestro juicio, innovadora y por cierto totalmente original.

Walter G. Joffe (1969), en su trabajo "Una revisión crítica del status del concepto de envidia" sostiene que Melanie Klein no agrega más que el concepto de constitucionalidad a la teoría de la envidia, señalando que Eisler ya había afirmado, en el año 1921, que la envidia era un factor importante en la dinámica de la personalidad, que estaba vinculada a los impulsos destructivos y tenía que ver con la etapa oral del desarrollo. No estamos de acuerdo con esta afirmación, porque no es lo mismo decir que la envidia está vinculada a la oralidad que afirmar la referencia objetal que la liga directamente al pecho. Se podrá argüir que en la etapa oral el objeto es el pecho, pero esta precisión hace que no casualmente aquel Simposio —y este trabajo— se refieran a Melanie Klein y no a sus precursores.

Ni Michael Josef Eisler ni el mismo Abraham (1921, 1924a) señalan taxativamente que el objeto de la envidia es el pecho. Esto es importante por varios motivos, y principalmente porque significa, por de pronto, que la relación con el pecho se torna más compleja y difícil. Para Melanie Klein no sólo existe una envidia temprana, sino también un objeto al cual esta envidia está dirigida. La envidia oral de Eisler y de Abraham se refiere al pecho que amamanta al hermano, pero no al pecho que amamanta al sujeto⁵.

A nuestro juicio, no es en Eisler, ni siquiera en Abraham, donde debe buscarse un precursor de la teoría de la envidia al pecho, sino en Joan Rivière, que escribió en 1932 un artículo donde pueden encontrarse los temas principales que Klein va a desarrollar años después.

El trabajo de Joan Rivière "Los celos como mecanismo de defensa", parte de una idea que ya encontramos en Freud (1925), cuando dice que la mujer es por lo general más celosa que el hombre porque los celos ocultan la envidia. Joan Rivière amplía esta tesis sagazmente a partir de un caso clínico muy revelador. Se trata de una mujer joven y frígida que, durante el

análisis, desarrolla una fuerte reacción celotípica frente a su marido, en la que incluye por momentos a la analista. Al estudiar el origen de estas crisis, Joan Rivière llega a la conclusión de que los celos eran una fachada que encubría fantasías inconscientes envidiosas.

El punto de partida de esta investigación fue un hallazgo clínico: las crisis de celos frente al marido y los autorreproches por su infidelidad se ponían en marcha cada vez que el análisis intentaba abordar un material especialmente resistido. Este material, que la analista llegó a considerar la fantasía dominante de la paciente, consistía en un impulso a robar, a despojar a ciertas personas de sus posesiones. Así por ejemplo, la paciente no era especialmente afectada a comprarse ropa, pero le nacía un deseo muy fuerte de hacerlo cada vez que el marido tenía estrecheces económicas, con el inconsciente deseo de privarlo a él y a los hijos de la satisfacción de las necesidades básicas.

Joan Rivière pudo establecer con certeza que cada vez que esta fantasía envidiosa dominante iba a ser abordada surgían los celos en la situación analítica.

El impulso a adueñarse de determinadas cosas aparecía como un deseo vehemente y específico de poseerlas; pero tenía, sin embargo, como última finalidad, privar de ellas al que las poseía. Esta situación aparecía pues como triangular, aunque en realidad era diádica, ya que sólo existían dos objetos, el ladrón y el despojado. El placer de la paciente consistía básicamente en quitarle algo al otro, algo que el otro valoraba, quería, necesitaba. Su verdadero placer no se relacionaba con poseer algo sino con quitarle a otros su bien y su goce. Esta fantasía de robo expresaba la envidia de la paciente hacia el objeto, que era siempre, en última instancia, el pecho de la madre en la transferencia. Con los celos esta configuración literalmente se daba vuelta, y entonces era la paciente la que aparecía como privada y despojada por la mujer que le robaba el marido.

En resumen, la conclusión de Joan Rivière es que los celos pueden servir como sustituto egosintónico de la envidia, la cual tiene su raíz en la relación del niño con el pecho.

De este modo explica también Joan Rivière los celos de Otelo remitiéndolos al primer cuadro del drama, cuando se aprecia el desgarrador dolor del padre de Desdémona, despojado de su más preciado bien, su hija, por Otelo, que va a sufrir después

los celos (mientras proyecta su aspecto envidioso en Yago).

A nuestro juicio es difícil resumir este trabajo, por su lucidez y consistencia teórica. Lo consideramos un antecedente de primera importancia en la futura investigación de Melanie Klein y pensamos, también, que la forma como Joan Rivière enfoca la envidia y los celos en la perspectiva de relaciones triádicas (edípicas) y diádicas (preedípicas) apunta ya a la diferencia entre personalidad neurótica y psicótica. Es llamativo al mismo tiempo que en los ulteriores trabajos de la autora, la envidia no vuelve a aparecer como un factor dinámico importante. Volviendo a Melanie Klein, es necesario exponer sus conceptos con rigor, si se aspira a discutirlos con ecuanimidad. En una nota al pie del primer capítulo de *Envidia y gratitud* dice que en muchos de sus trabajos anteriores habló de la envidia y la ligó a impulsos sádicos de naturaleza oral, anal y uretral, dirigidos contra el cuerpo de la madre en los estadios más tempranos del complejo de Edipo, pero nunca había llegado a relacionarla específicamente con el deseo de privar (*to take away*) y deteriorar (*to spoil*) el pecho de la madre.

En el prefacio de su libro, Melanie Klein establece claramente la continuidad de su pensamiento con el de Abraham, a la par que marca las diferencias. Abraham (1924 a) llegó a la conclusión de que la envidia es un rasgo oral y afirmó (1924 b) que aparece en la segunda etapa oral, ya que la etapa oral de succión es para él preambivalente. Melanie Klein, en cambio, considera que la envidia opera desde el principio, desde la primera etapa oral. Declara nítidamente que lo que antes conceptuó como ataques al cuerpo de la madre, en términos de deseos de vaciar, destruir y robar, también se aplica al pecho. Así pues, lo que hasta el trabajo de 1952, "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante", vinculaba a la agresión, al instinto de muerte y a la voracidad, cinco después, en *Envidia y gratitud*, lo relaciona con la envidia al pecho, más temprana que los ataques al cuerpo.

En el pensamiento Kleiniano existe, entonces, un desarrollo genético que va del objeto pecho al objeto cuerpo de la madre, con el pene del padre dentro, que Melanie Klein caracterizó como fase femenina en 1928 y que después describió como la escena primera (figura combinada). Esta diferencia marca un viraje de enorme importancia teórica. Digamos también que

este cambio tiene su antecedente en el trabajo de 1946 sobre los mecanismos esquizoides. Es allí, efectivamente, donde Melanie Klein abandona la teoría del sadismo máximo y con ella la idea de Abraham de una etapa oral primaria preambivalente, al par que formula su teoría de la identificación proyectiva. El mismo año en que presentó su trabajo en el Congreso de Ginebra (1955) escribió su ensayo "Sobre la identificación", donde la identificación proyectiva aparece como el instrumento principal de la envidia.

Por todas estas razones, afirmamos que la idea fundamental de Melanie Klein se refiere a que la envidia se dirige al pecho y consideramos que ésta es la clave del cambio en la teoría de la envidia.

Trataremos ahora de aclarar qué significa "primaria", porque entendemos que en este concepto reside gran parte del conflicto teórico.

A nuestro juicio, envidia primaria significa varias cosas. La primera es la que acabamos de señalar. Se le llama *primaria* porque se dirige al objeto primario, que para Melanie Klein (y para un Freud importante, aunque no para todo Freud) es el pecho. En este sentido, entonces, envidia primaria querría decir nada más que envidia al pecho, envidia al objeto primario. Si el objeto primario fuera otro, la envidia no dejaría de ser primaria por más que el objeto hubiera cambiado, si se afirmara que le está dirigida.

En este sentido, el concepto de envidia primaria asienta en un hecho básico de la teoría de las relaciones de objeto, hecho que ni Fairbairn, ni Winnicott, ni Balint, ni en gran medida Freud pensarían en discutir, es decir, que el objeto primario del desarrollo psicológico es para el ser humano el pecho. Para esta afirmación, por otra parte, también podríamos buscar otro tipo de apoyatura: a través de un proceso evolutivo que lleva más de 200 millones de años estamos constituidos como individuos que tienen una fuerte relación con el pecho. Somos mamíferos. Desde este punto de vista, que la envidia sea primaria porque se dirige al pecho no es muy sorprendente.

Lo que se discute en cambio, y encarnizadamente, es cuándo comienza la relación de objeto y si el niño de pecho puede sentir envidia. Los autores que siguiendo a Anna Freud ubican la relación de objeto después de una etapa autoerótica y una e-

tapa narcisista opinan, por definición, que no puede existir la envidia al pecho como impulso primario. Los que aceptan una relación primaria con el pecho pueden de todos modos discrepar con Melanie Klein porque descartan que el recién nacido tenga este sentimiento.

En el apartado anterior hemos tratado de mostrar que la teoría de la envidia al *objeto* primario (pecho) no plantea *por sí misma* grandes dificultades teóricas. Con respecto al *sujeto* las cosas se tornan más complicadas. Aquí "primaria" significa existencia desde el comienzo, mientras que "secundaria" se refiere a una aparición más tardía. Si en el primer caso la envidia primaria se contrapone a la envidia a otros objetos que son *secundarios*, en el caso que estamos considerando la envidia primaria en cuanto constitucional se opone a la envidia *adquirida*. Por esto es necesario establecer discriminaciones para evitar discusiones interminables: si uno dice envidia primaria pensando en el pecho y otro piensa en lo constitucional, la discusión puede hacerse interminable y perpetuarse el desacuerdo. Así pues, si por envidia primaria se alude a la envidia al pecho como una teoría que parece tener confirmaciones importantes, la idea de envidia constitucional, en cambio, es mucho más discutible.

Envidia *constitucional* implica que este impulso que se dirige al pecho como objeto primario tiene una base constitucional. Y para esto Klein no aporta datos decisivos. Se apoya en Freud, se apoya en Abraham, se apoya en el concepto general de que el hombre no nace, como pensaba Locke, como una tábula rasa: algo traemos, algunos factores constitucionales existen. Esto en el pensamiento freudiano es siempre una premisa indiscutible, es una constante; y no digamos de Abraham que, por ejemplo, dice en su *Breve estudio* (1924 b) que el factor hereditario de la melancolía es el reforzamiento constitucional del sadismo oral. Lo más criticable en Melanie Klein es que ella afirme que *la envidia* es lo constitucional. Podría no ser la envidia: podría ser el sadismo oral, podría ser una tendencia a reaccionar en forma narcisista, o una inclinación a idealizar el objeto, como también la voracidad, el factor que se trae constitucionalmente, sin que por esto tuviéramos que corregir la teoría de la envidia al pecho. Hasta podría ser que la envidia sea adquirida (precozmente) y que se dirija de todos modos al pecho como objeto primario.

En este plano Klein adopta una actitud cuestionable al no justificar más su teoría. Este es, tal vez, su talón de Aquiles teórico. Su base parece ser fundamentalmente la observación clínica: afirma que hay un factor constitucional porque percibe que algunas personas experimentan más envidia que otras y no encuentra explicación suficiente acerca de por qué a veces la envidia es tan intensa. Estos argumentos, sin embargo, no son del todo consistentes. Tendrían que aportarse pruebas para demostrar que lo congénito, hereditario o genético no es el sadismo oral, el narcisismo o la voracidad, sino específicamente la envidia. Este es un problema que no está resuelto y que para nosotros es difícil de dirimir hasta ahora sólo con instrumentos analíticos.

Es importante señalar aquí con más exactitud lo que Melanie Klein dice, porque a veces se la refuta por lo que *no* dijo. Lo que dice es que nosotros nacemos con un montante de envidia; pero no niega que las vicisitudes del desarrollo puedan aumentar o disminuir esa envidia constitucional. Así por ejemplo, una madre que proyecta su envidia puede incrementarla en su niño (y lo mismo el analista en su paciente). La tercera forma de clasificar la envidia es en primitiva y secundaria, en que "primitiva" señala lo referente al origen, a las causas. Melanie Klein afirma estas tres características: que la envidia es *primaria* en cuanto se refiere al pecho, que es *constitucional* en cuanto tiene una raíz genética (aunque ella no habla nunca de genes) y que es *primitiva* en cuanto es endógena, viene de adentro y, consiguientemente, está más allá de la frustración, de lo exógeno.

Este último enfoque es, por de pronto, el más discutible y discutido, y el más urticante; pero es también el más significativo. Es difícil dirimir la cuestión porque tiene que ver con la forma como conceptuamos la frustración y, consiguientemente, la dialéctica de lo endógeno y lo exógeno.

Antes del Congreso de Ginebra los autores que estudiaron la envidia, como Freud, Eisler, Abraham y la misma Klein, no tuvieron nunca en cuenta que la envidia pudiera ser endógena. Pensaron siempre que la envidia se desencadenaba por la privación, por la frustración. Así, por ejemplo, al establecer la teoría de la envidia al pene en la mujer, Freud dice que la mujer desea lo que no tiene, y Abraham, en sus trabajos sobre el complejo de castración (1920), la analidad (1921) y la oralidad (1924 a), afirma que la envidia se compone de un sentimiento de hostili-

dad contra la persona que posee algo que al sujeto le falta, y de un impulso a privarla de lo que posee ⁶. Del mismo modo, Melanie Klein, en *El psicoanálisis de niños*, afirmó que es la frustración de los impulsos orales lo que libera las tendencias edípicas y el deseo de meterse en el cuerpo de la madre. Todo esto implica que la envidia está incluida dentro de una teoría de la frustración-agresión.

Este enfoque cambia radicalmente en *Envidia y gratitud*, donde en el capítulo segundo se afirma que el bebé puede sentir envidia tanto al pecho malo como al pecho bueno y donde se toma la reacción terapéutica negativa como un fenómeno clínico que debe explicarse por la envidia "primaria", más allá de los factores descubiertos por Freud y después desarrollados por Joan Rivière.

Nosotros entendemos que aquí se plantea la mayor controversia. En este punto, Klein sostiene que en la envidia participan factores endógenos y que no se la puede explicar *solamente* como una reacción al medio que opera la frustración.

Puede decirse, por supuesto, que toda vez que el individuo reacciona con envidia es porque sufre una frustración: en la medida en que percibimos que el otro tiene algo que nosotros no tenemos, ya eso es una frustración. Esto es cierto; pero también depende de cómo se decodifica la frustración. Porque esta así llamada frustración puede estar también vinculada, por ejemplo, a la generosidad que puede tener ese objeto, de darnos justamente eso que nosotros necesitamos. Si conceptuamos esto como frustración, es decir que nos sentimos frustrados de que puedan darnos justamente lo que necesitamos, entonces la teoría de la frustración ha dado un vuelco tan grande que más valdría llamarla envidia.

Le decía un paciente a uno de nosotros: "Lo que más rabia me da a mí es que usted dé con acierto la interpretación pero que no la diga en su momento, que yo tenga que esperar". Siempre la interpretación llegaba un momento después de lo que él deseaba. Decía que la interpretación era exacta, que lo había aliviado; pero le daba rabia, y una rabia espantosa, que el analista hubiera "tardado" en dar con la interpretación que podría haber formulado un minuto antes.

Una adhesión estricta a la teoría de la frustración y la agresión implica extender la teoría hasta el punto en que ya abarca

como frustración cualquier cosa que se nos dé por el hecho mismo de que se nos da.

Obviamente, en la medida en que uno acepta la teoría de Klein sobre la envidia endógena, trabaja como analista en una forma distinta. Siempre incluyendo la teoría de la frustración y la agresión, porque en caso contrario negaríamos la realidad de los factores exógenos; pero también pensando que con la teoría de la frustración-agresión no se resuelven *todos* los problemas, especialmente en los pacientes graves. Cuanto más grave es el paciente, más surgen las falencias de la teoría de la frustración-agresión (o más tenemos que hacer ese estiramiento teórico que ya señalamos para decir que, efectivamente, el paciente se *siente* frustrado). Pensamos, por ejemplo, que si hacemos esperar a un enfermo y nos dice que lo frustramos, tiene toda la razón: y en esto no nos apartaríamos en nada de la teoría de la frustración-agresión. Pero que un paciente nos diga que lo frustramos porque somos puntuales y él (como analista, por ejemplo) no puede serlo, ya es diferente: porque, en realidad, ¿qué tendríamos que hacer para no frustrarlo? Si llegamos tarde, va a decir que lo frustramos porque lo hacemos esperar; si somos puntuales, que lo frustramos porque esa virtud que nosotros tenemos él no la tiene. Justamente, el punto básico es que esa virtud nuestra está a su servicio; pero él no la detecta así, sino como frustración. Hay, por último, una cuarta forma de entender el concepto de envidia primaria, en la que primaria quiere decir *primordial*, o sea elemental y pura. En este caso "primaria" se contrapone a *compuesta*.

Es éste un concepto muy criticado y criticable, por cuanto es difícil analizar (en el sentido químico del término) un concepto o fenómeno psicológico y ver si es elemental o compuesto, simple o complejo.

Si bien Melanie Klein no hace especial hincapié en que la envidia sea primordial, comprendemos a los autores que piensan que un fenómeno que se considera constitucional y endógeno y que aparece desde el comienzo de la vida, tiene todas las posibilidades de ser puro, elemental; pero podría no ser así y no por eso quedaría refutada *in toto* la teoría de la envidia primaria. Para nosotros, este aspecto no está resuelto dentro de la investigación psicoanalítica y no lo consideramos de mucho relieve. Se aplican aquí razonamientos análogos a los que hicimos al tratar

la envidia constitucional. Podría ser que la voracidad o el narcisismo fueran primarios y no la envidia, sin que con ello hubiera que abandonar la teoría de la envidia temprana al pecho.

Esta concepción de la envidia como factor elemental, simple o puro es el que más critica Joffe en su trabajo. Joffe se pregunta de dónde saca Klein que la envidia es primaria en el sentido de ser algo puro, si se puede decir que lo primario es, por ejemplo, el narcisismo. ¿Acaso no podríamos explicar que nuestro paciente, el que se enoja porque no tiene que esperar lo hace porque, en el fondo, le están hiriendo su narcisismo y ese narcisismo lo lleva a reaccionar con envidia? Entonces la envidia ya no sería primaria en el sentido de original, de primordial, de pura, sino secundaria en el sentido que le da Abraham en su trabajo: se juntan la hostilidad hacia el otro y un deseo de privarlo de lo que tiene para que, como en la regla del paralelogramo, al unirse estos dos factores, se produzca la envidia.

Ya hemos dicho por qué el problema acerca de si la envidia es un sentimiento simple o compuesto, no nos parece fundamental. Lo entendemos como un tema más bien académico. Por ejemplo, las relaciones entre narcisismo y envidia, o voracidad y envidia, son complejas y tal vez insolubles por lo menos en el estado actual de nuestros conocimientos. Entendemos que, de todos modos, las críticas que en este punto hace Joffe son pertinentes y podrían resumirse así: partir de la envidia como impulso es tan legítimo como partir del narcisismo como una modalidad de la relación de objeto.

La relación entre envidia y narcisismo es uno de los temas más apasionantes del psicoanálisis actual. En un libro reciente Hanna Segal (1979) aborda este problema concisa y lúcidamente. Freud (1915) afirmó que el odio al objeto es más antiguo que el amor: cuando se da cuenta de que la fuente de la vida está fuera, el niño reacciona con rabia narcisista. Esta reacción del niño puede ser vista como envidia; pero la envidia para Freud aparece más tarde, en la etapa anal, mientras que Klein sostiene que la envidia, no menos que la relación de objeto, existe desde el comienzo de la vida. Otra diferencia es que Melanie Klein no cree que el odio es previo al amor sino que piensa, más bien, que ambos coexisten desde el primer momento. (Klein, pág. 148).

No es menos compleja la ubicación de la envidia en el marco teórico de la teoría dualista de las pulsiones y del narcisismo,

tema que abordó Herbert A. Rosenfeld (1972) en el Congreso de Viena. Según este autor hay que diferenciar dos partes del *self*, infantil-dependiente y narcisista-omnipotente, a través de las cuales se canalizan los instintos de vida y de muerte. Siguiendo el espíritu de esta investigación, y si se nos permite aquí una opinión personal, nosotros nos inclinamos a pensar que posiblemente la envidia como impulso expresa el narcisismo y, en contraposición, la libido sería el canal de la relación de objeto.

De todos modos, que la envidia sea el resultado de otras tendencias o que sea simple, no implica que con esto podamos decir que no sea endógena en cuanto está más allá de la frustración y primaria porque se dirige al pecho como objeto. A nadie escapa que el tema latente de esta discusión académica es la forma en que se debe interpretar la transferencia negativa y con ello, la culpa.

Pensamos, en fin, al terminar este párrafo, que para discutir el concepto de envidia hay que desglosarlo en sus variadas acepciones. No todas tienen la misma importancia y no todas encuentran igual apoyatura en las teorías del desarrollo temprano y en la clínica. A juicio nuestro la principal discusión está en el concepto de la envidia en cuanto impulso objetual temprano y con una raíz endógena. Como acabamos de decir, nuestro apoyo a esta teoría encuentra sus elementos más convincentes en la clínica, en cuanto observamos que la interpretación de la transferencia negativa no alcanza su nivel más profundo si no incluimos el componente endógeno del conflicto y el objeto primario. Tampoco la culpa queda radicalmente resuelta hasta que el paciente asume que algunas veces su hostilidad trasciende la frustración y le es inherente, intransferible.

El punto central de las divergencias, creemos, está en que muchos autores no pueden admitir que el niño pequeño tenga ya un sentimiento de envidia, que consideran muy complejo, y tampoco les parece posible que el sujeto ataque precisamente al objeto que es la fuente de su placer y de su vida. De estos dos problemas, el primero tiene que ver con las teorías del desarrollo temprano; el segundo con la teoría de los instintos.

III. Envidia y psicosis.

Si se "repan las historias clínicas de pacientes psicóticos tratados antes de que Klein propusiera su teoría, se observa que la envidia aparece con notable frecuencia. Es que la relación entre envidia y psicosis es un hecho de la base empírica, que está más allá de las teorías.

Entre los autores que siguen a Klein podemos decir que Bion es uno de los que más se ocupó de la relación entre envidia y psicosis. Vamos a desarrollar a continuación algunas de sus ideas porque nos parece que establecen con claridad la importancia de la envidia primaria en el desarrollo del proceso analítico y muestran la interacción de los factores endógenos y exógenos en la teoría de la envidia.

En la obra de Bion la envidia aparece explícitamente por primera vez en "Ataques al vínculo" (1959) —que Bion leyó en la Sociedad Británica en octubre de 1957, dos años después del Congreso de Ginebra— pero el tema ya estaba aludido en trabajos previos. Uno de ellos, "Notas sobre la teoría de la esquizofrenia", leído por Bion en 1953 en el simposio *La psicología de la esquizofrenia* del Congreso de Londres, se refiere al ataque al pensamiento verbal que efectúan los pacientes esquizofrénicos con la finalidad de destruir su relación con la conciencia de la realidad psíquica, a fin de evitar enfrentarse con una depresión intolerable, junto con la destrucción y pérdida de los objetos buenos. Dichos ataques se dirigen también a la unión entre las palabras, las sílabas y las letras entre sí.

En el Congreso de Ginebra de 1955, Bion presentó otro trabajo, "Desarrollo del pensamiento esquizofrénico", que apareció en el *International Journal* de 1956. Si bien en este artículo la reflexión de Bion se centra en la diferencia entre la personalidad psicótica y no psicótica del paciente esquizofrénico y en su modalidad transferencial, creemos que también ocupa un lugar preeminente el ataque al aparato de percepción (objetos bizarros), precisamente por su vínculo con la conciencia de realidad (tanto interna como externa) y el pensamiento verbal. Lo que otorga su sello a la personalidad psicótica es, para Bion, la expulsión en partículas del aparato perceptual y del naciente

pensamiento verbal, por obra de la identificación proyectiva ya en los comienzos de la vida⁷.

Esta misma línea de pensamiento se retoma después con importantes agregados en "Diferenciación entre personalidades psicóticas y no psicóticas" (1957). Se refiere nuevamente a los ataques al vínculo, cualquiera que éste fuera, que enlaza los sentidos con la conciencia de la realidad para eludir el pensamiento verbal, ligado a su vez a la posición depresiva.

Entendemos que Bion hace una ampliación teórica muy importante cuando dice que, si bien el daño se hace evidente en la posición depresiva, ya previamente, durante la posición esquizo-paranoide, este ataque (con todas sus consecuencias) se había hecho efectivo contra las bases del pensamiento primitivo o sea contra la matriz ideográfica y visual del pensamiento, y especialmente sobre el vínculo entre una ideografía y otra, más que sobre la palabra misma. Estos elementos, afirma Bion, son todos atacados, hasta que finalmente ni siquiera dos pueden estar en contacto, con sus cualidades intrínsecas intactas y, además, con la capacidad de producir un nuevo objeto⁸. Aquí se nos hace evidente la idea de ataque a la creatividad y, aunque no totalmente explícito, el concepto de envidia comienza a jerarquizarse.

En el ya citado ensayo "Ataques al vínculo" (1959) precisa aún más estos conceptos y se refiere a la destrucción de todo aquello que tenga la función de vincular un objeto con otro, afirmando que este mecanismo conduce a la formación de síntomas en los pacientes más graves.

Los ataques fantaseados al pecho mediante la identificación proyectiva conformarían el modelo primario de esta situación. Para Bion, la relación analítica se ofrece como un campo observacional muy adecuado para visualizar estos fenómenos, en cuanto configura un vínculo creativo entre analista y paciente a través de la comunicación verbal.

El material clínico que acompaña a este trabajo es un indicador elocuente de la innegable relevancia que, ahora explícitamente, otorga Bion a la envidia como motor de estos procesos. Más adelante, en el párrafo titulado "Negación de grados normales de identificación proyectiva", se refiere a las tendencias innatas del niño como fuente primordial de estas perturbaciones, o sea a la agresión primaria y a la envidia. No por esto deja Bion de otorgar, al mismo tiempo, gran importancia al factor

ambiental, o sea a la respuesta de la madre como pasible de mitigar o incrementar las primitivas ansiedades de muerte. Bion señala, sin embargo, que la situación se hace todavía más compleja cuando la madre, o, mejor dicho, la función materna, es adecuada y, paradójicamente, la gravedad persiste, porque el niño psicótico no puede tolerar la capacidad de la madre para contenerlo y la experimenta con odio y envidia.

Es necesario subrayar que Bion deduce esta teoría del desarrollo de la situación analítica, donde el ataque al vínculo es sinónimo de injuria a la receptividad del analista, en cuanto su capacidad de introyectar es vivida por el analizado como avidez que devora su mente, mientras que un estado espiritual apacible se transforma dentro del paciente en indiferencia hostil.

Todas estas ideas adquieren todavía mayor relieve cuando, en *Aprendiendo de la experiencia* (1962), Bion desarrolla su teoría del conocimiento. Allí se pregunta por qué debe existir un fenómeno como el representado por *menos K*; responde que considerará sólo un factor, la envidia. Mientras en el vínculo K la identificación proyectiva conduce a una relación comensal entre ♀ ♂ (continente-contenido), en -K, una relación que podría ser ♀ + ♂, el signo + puede ser reemplazado por envidia. En el modelo del lactante que disocia y proyecta sus sentimientos de miedo en el pecho junto con la envidia y el odio que le provoca ese pecho imperturbable, la envidia impide una relación comensal.

El vínculo K supone, para Bion, que el pecho mitiga el miedo a morir proyectado en él, luego de lo cual el bebé reintroyecta partes ahora más tolerables de su personalidad. Cuando lo que opera es el vínculo -K el bebé siente que el pecho le quita envidiosamente el elemento bueno y valioso del miedo a morir y fuerza dentro de él, el lactante, un residuo sin valor. Esto conduciría al llamado *terror sin nombre*. Bion aclara que su teoría del terror sin nombre se comprende mejor si se piensa que la voluntad de vivir, como condición previa y necesaria para que pueda existir un miedo a morir, es la parte buena que el pecho ha quitado (por identificación proyectiva).

Así, el vínculo K, modelizado a través de la relación continente-contenido, ve desvirtuada su naturaleza por acción de la envidia, y pasa a convertirse en -K.

De esta manera, un continente envidioso priva al contenido

de lo bueno, y, viceversa, la envidia de la capacidad continente hace que el contenido la destruya, desvirtuándose así ambas funciones. En otros trabajos postkleinianos, como los de Money-Kyrle y Meltzer, el fenómeno psicótico se estudia a la luz de la envidia y la identificación proyectiva, pero prestando especial atención al proceso de identificación proyectiva en objetos internos. Como ya hemos dicho, hay una línea de pensamiento que va de los mecanismos esquizoides de 1946 al ensayo "Sobre la identificación" (1955) y a las teorías de *Envidia y gratitud*.

Money-Kyrle continúa la línea de esta investigación en varios de sus últimos trabajos, principalmente en "Megalomanía" (1964), donde dice que la identificación proyectiva por envidia en un objeto interno admirado es la base de la megalomanía. Este mecanismo es, para Money-Kyrle, el origen de los vestidos y del *status*, no menos que de las instituciones sociales en cuanto apoyan en el intento de superar las situaciones de inferioridad y de envidia. Las ideas de Money-Kyrle son particularmente valiosas en cuanto procuran explicar la estructura psíquica a través de procesos introyectivos y proyectivos en objetos internos, como por ejemplo la penetración del yo envidioso y desvalido dentro del admirado y poderoso superyó.

¹ En las teorías de Lacan (1958), esta situación llega a ubicarse como elemento fundamental, en cuanto el reconocimiento de esta falta promueve el pasaje del orden imaginario al orden simbiótico.

² "This is in disagreement with Freud's formidable statement that the concept of the Oedipus Complex is strictly applicable only to male children and 'it is only in male children that there occurs the fateful conjunction of love for the one parent and hatred for the other as rival'. We seem compelled here to be *plus royalist que le roi*". (Jones, 1933, pág. 23).

³ Este párrafo nos sugiere que tal vez Freud tuviera presente al escribirlo la teoría del Edipo temprano que Melanie Klein formulara en 1928.

⁴ Destacado de Freud.

⁵ Compárese también la diferencia substancial con la aparición de los celos primordiales en el estadio del espejo (Lacan, 1949).

⁶ "Si alguien tiene sobre él alguna ventaja, se producen dos reacciones es-

trechamente asociadas: un sentimiento de hostilidad hacia la otra persona, y un impulso de privarla de lo que posee. La unión de estas dos reacciones constituye la *envidia*, que es una típica expresión de la fase anal-sádica de la evolución de la libido". "Manifestaciones del complejo de castración femenina", (Abraham K. 1920. *Psicoanálisis Clínico*, pág. 261).

⁷ "Projective identification of conscious awareness and the associated inchoation of verbal thought is the central factor in the differentiation of the psychotic from the non-psychotic personality (*Second Thoughts*, pp. 38/39).

⁸ "All these are now attacked till finally two objects cannot be brought together in a way which leaves each object with intrinsic qualities intact and yet able, by their conjunction, to produce a new mental object" (*Second Thoughts*, p.50).

Resumen

En este trabajo los autores se proponen abordar el estudio de las teorías psicoanalíticas de la envidia, centrándolo en la teoría de la envidia al pecho de Melanie Klein. Parten de la teoría de la envidia fálica en la mujer formulada por Freud, a la que considera el pivote de la sexualidad femenina. La destaca como fuerza biológica e implícitamente primaria, a la cual se subordinarían todas las vicisitudes del desarrollo incluyendo el complejo de Edipo. Este aspecto tendría puntos de contacto con la propuesta teórica que M. Klein haría muchos años después.

Señalan algunas diferencias significativas referidas a la inexistencia en el varón, para Freud, de una fuerza análoga a la envidia al pene en la mujer que, para este mismo autor, no asume la fuerza destructiva que caracteriza a la envidia desde el punto de vista kleiniano.

Consideran que la idea innovadora de M. Klein se refiere a su concepción de la envidia como un factor dinámico de primera magnitud desde el comienzo de la vida. Esta envidia sería no sólo temprana sino además se orientaría específicamente a un objeto: el pecho. Algunos precursores de estas ideas, como K. Abraham y M. J. Eisler se refieren a la envidia pero no a su referencia objetual directa con el pecho.

Joan Rivière provee un antecedente de fundamental importancia en la futura investigación de M. Klein, conceptuando los celos en la perspectiva triádica (Edípica) y la envidia en diádica (Pre-Edípica) apuntando ya a la diferencia entre personalidad psicótica y neurótica. Señala que los celos pueden servir como un sustituto egosintónico de la envidia, la cual tiene su raíz en la relación del niño con el pecho. Se intenta delimitar

algunos conceptos que plantean dificultades teóricas, tales como: envidia primaria-secundaria, constitucional-adquirida, endógena-exógena, primitiva-secundaria, primordial-compuesta.

En cuanto al apoyo que presta al concepto de envidia primaria la teoría del instinto de muerte, los autores consideran que puede aceptarse la teoría de la envidia cuestionando sin embargo la del instinto de muerte.

Asimismo, se estudian las relaciones entre envidia y frustración y el punto de mayor controversia planteado por M. Klein en cuanto a su afirmación acerca de la existencia de factores endógenos en la envidia, que hace que no se la pueda explicar sólo como una reacción al medio que opera la frustración. Se aportan ejemplos clínicos en relación con este punto.

A juicio de los autores el concepto de envidia en cuanto impulso objetal temprano, con una raíz endógena, encuentra una apoyatura convincente en la clínica, ya que la interpretación de la transferencia negativa y la culpa no se profundizan adecuadamente si no se incluyen estos elementos.

Se puntualiza la vinculación entre envidia y psicosis con especial referencia a los conceptos de Bion, incluyéndose también las ideas de H. Segal, H. Rosenfeld y R. Money Kyrle.

Summary.

The authors of this paper try to approach the study of the psychoanalytic theories of envy focusing it in Melanie Klein's breast envy theory.

Their starting point is Freud's phallic envy theory in women, regarded by him as the main point of female sexuality as a biologic strength and implicitly primary to which all the development vicissitudes would subordinate, including the oedipus complex. This aspect may have some points in common with the theoretic proposition that Melanie Klein would do many years later.

They also point out some meaningful differences referred to the absence in men (according to Freud) of a similar strength to the penis envy in women, since for Freud envy doesn't raise any distroying strength that distinguishes M. Klein.

It was considered that M. Klein's new idea is connected with her conception of envy as a relevant dynamic factor from the beginning of life and that envy would not be only an early feeling but that it could be aiming at an object: the breast. Some other authors who wrote about this subject before such as K. Abraham and M.J. Eisler refer to envy but not to its object reference with the breast.

Joan Rivière provides some very important information for M. Klein's future research conceptualizing jealousy in the triad perspective (oedipal) and envy in the diadic (pre-oedipic) already marking the difference between a psychotic and a neurotic personality. She stresses the fact

that jealousy may serve as a egosyntonic substitute of envy, which has its root in the relationship of the child and the breast.

Some concepts were determined to state certain theoretical difficulties, such as: envy primary-secondary, constitutional-acquired, endogenous-exogenous, primitive-secondary, original-compound.

As far as the support that the death instinct theory gives to this concept of primary envy it was considered that the envy theory can be accepted objecting however the death instinct theory. Besides, the relationship between envy and frustration and the most controversial point stated by M. Klein based upon her statement about the existence of endogenous factors in envy, which can't be only explained as a reaction to the environment where frustration operates. Several clinical examples are given connected with this point. According to the authors the concept of envy as an early object drive with an endogenous root finds a convincing support in the clinical practice since the interpretation of the negative transference and guilt feeling are not explored properly if these elements are not included.

The relationship between envy and psychosis are studied with a special reference to Bion's concepts.

Other ideas by H. Rosenfeld, R. Money Kyrle and H. Segal are also included.

Résumé

Dans ce travail, les auteurs se proposant d'aborder l'étude des théories psychoanalytiques de l'envie, en la cernant sur l'envie au sein de Melanie Klein. Ils partent de la théorie de l'envie phallique chez la femme posée par Freud et considérée par lui comme le pivot de la sexualité féminine. Ce serait pour lui, une force biologique et implicitement primaire, à laquelle se subordonneraient toutes les vicissitudes du développement, y compris le complexe d'Œdipe. Cet aspect aurait des points de contact avec la proposition théorique que Melanie Klein ferait quelques années plus tard. Ils montrent quelques différences significatives se rapportant à l'existence, chez le garçon pour Freud, d'une force analogue à l'envie au pénis chez la femme. Bien que pour cet auteur, l'envie au pénis, n'atteint pas la force destructrice que lui confère la théorie kleinienne.

Les auteurs considèrent que l'idée novatrice de Melanie Klein se rapporte à sa conception de l'envie, comme facteur dynamique de premier ordre depuis le début de la vie. Cette envie serait non seulement précoce, mais dirigée à un objet: le sein.

Quelques précurseurs de ces idées, comme K. Abraham et M.J. Eisler se rapportent à l'envie mais non pas à son rapport spécifique d'objet avec le sein.

Joan Rivière fournit un antécédant d'importance fondamentale dans

l'investigation ultérieure de Melanie Klein, considérant la jalousie dans la perspective triadique (oedipienne) et l'envie comme diadique (pré-oedipienne) en visant à la différence entre personnalité psychotique et neurotique. Elle montre que la jalousie peut être comme un substitut egosyntonique de l'envie, laquelle à sa racine dans le rapport de l'enfant avec le sein.

On essaie de circonscrire quelques concepts qui posent des difficultés théoriques telles que: L'envie primaire-secondaire, constitutionnelle-adquisitive, endogène-exogène, primitive-secondaire, primordiale-composée.

Quant à l'appui que la théorie de l'instinct de mort prête au concept d'envie primaire, les auteurs considèrent qu'il est possible d'accepter la théorie de l'envie en mettant en cause cependant, celle de l'instinct de mort.

Les rapports entre l'envie et frustration sont aussi étudiés ainsi que le point de plus grande controverse posé par Melanie Klein quant à son affirmation de l'existence de facteurs endogènes de l'envie qui fait qu'on ne puisse pas l'expliquer que comme une réaction au milieu dans lequel agit la frustration. Des exemples cliniques sont donnés sur ce point.

Selon les auteurs, le concept d'envie en tant que pulsion d'objet précoce, avec une racine endogène, trouve une appogiature convaincante dans la clinique, puisque l'interprétation du transfert négatif et la culpabilité ne s'approfondissent pas suffisamment si ces éléments n'y sont pas insérés.

On étudie les rapports entre envie et psychose se référant tout particulièrement aux concepts de W. Bion.

Les idées de H. Segal, H. Rosenfeld et R. Money Kyrle, qui se rapportent à ce sujet y sont comprises aussi.

Bibliografía

- ABRAHAM, K. (1920). Manifestations of the female castration complex. En *Selected Papers*, cap. 22. Londres: Hogarth Press, 1973. En *Psicoanálisis clínico*, cap. 22. Buenos Aires: Paidós, 1959.
- ABRAHAM, K. (1921). Contributions to the theory of anal character. En *Selected Papers*, cap. 23. En *Psicoanálisis clínico*, cap. 23.
- ABRAHAM, K. (1924 a). The influence of oral erotism on character formation. En *Selected Papers*, cap. 24. En *Psicoanálisis Clínico*, cap. 24.
- ABRAHAM, K. (1924 b). A short study of the development of the libido, viewed in the light of mental disorders. En *Selected Papers*, cap. 26. En *Psicoanálisis clínico*, cap. 26.
- BION, W.R. (1953). Notes on the theory of schizophrenia. En *Second Thoughts*, cap. 3.
- BION, W.R. (1956). Development of schizophrenic thought. En *Second Thoughts*, cap. 4.
- BION, W.R. (1957). Differentiation of the psychotic from the non-psychotic personalities. En *Second Thoughts*, cap. 5.

- BION, W.R. (1959). Attacks on linking. En *Second Thoughts. Selected Papers on Psycho-Analysis* cap. 8. Londres, W. Heinemann, 1967.
- BION, W.R. (1962). *Learning from Experience*. Londres: W. Heinemann. Buenos Aires: Paidós, 1966.
- EISLER, M.J. (1921). Pleasure in sleep and disturbed capacity for sleep. A contribution to the study of the oral phase of the development of the libido. *Int. J. Psycho-Anal.* 3, 30-42.
- FREUD, S. (1905). *Three Essays on the Theory of Sexuality*. S.E. 7. O.C. 7. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- FREUD, S. (1908). On the sexual theories of children. S.E. 9.
- FREUD, S. (1915). Instincts and their vicissitudes. S.E. 14. O.C. 14.
- FREUD, S. (1917). On transformation of instinct as exemplified in anal erotism. S.E. 17. O.C. 17.
- FREUD, S. (1925). Some psychical consequences of the anatomical distinction between the sexes. S.E. 19. O.C. 19.
- FREUD, S. (1931). Female sexuality. S.E. 21. O.C. 21.
- FREUD, S. (1937). Analysis terminable and interminable. S.E. 23. O.C. 23.
- JOFFE, W.G. (1969). A critical review of the status of the envy concept. *Int. J. Psycho-Anal.* 50, 533-45.
- JONES, E. (1927). The early development of female sexuality. *Int. J. Psycho-Anal.* 8, 451-72.
- JONES, E. (1933). The phallic phase. *Int. J. Psycho-Anal.* 14, 1-33.
- KLEIN, M. (1928). Early stages of the Oedipus Conflict. En *Writings* 1. Londres, Hogarth Press, 1975.
- KLEIN, M. (1932). *The Psycho-Analysis of Children*. En *Writings* 2.
- KLEIN, M. (1946). Notes on some schizoid mechanisms. En *Writings* 3.
- KLEIN, M. (1952). Some theoretical conclusions regarding the emotional life of the infant. En *Writings* 3.
- KLEIN, M. (1955). On identification. En *Writings* 3.
- KLEIN, M. (1957). *Envy and Gratitude*. Londres: Tavistock Publ. En *Writings* 3.
- LACAN, J. (1958). *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires. Nueva Visión, 1972.
- LACAN, J. (1949). "Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je telle qu'elle nous est revellé dans l'expérience psychanalytique". En *Ecrits*, pág. 93. París: Ed. du Seuil, 1966.
- MONEY-KYRLE, R. (1964). Megalomanía. En *Collected Papers*, cap. 26. En Donald Metzger, ed. Scotland, Clunie Press, 1978.
- RIVIERE, J. (1932). Jealousy as a mechanism of defence. *Int. J. Psycho-Anal.* 13, 414-24.
- ROSENFELD, H. (1971). A clinical approach to the psycho-analytic theory of the life and death instinct: an investigation into the aggressive

aspects of narcissism. *Int. J. Psycho-Anal.* 52, 169-78.

SEGAL, H. (1979). *Klein*. Fontana/Collins. Glasgow: W. Collins Sons.